

neros. Los circunstantes, poseídos de respeto y reverencia, lloraban á la vista de aquel acto y ceremonia nunca usados en aquellos parajes para semejante proyecto; mientras que otros consideraban que ni aun así se salvaban los asociados de la imputación de locura, que su temerario propósito merecía para con ellos. En los tiempos modernos todavía se ha tratado con mas rigor aquella ceremonia, acusándola de repugnante y de impía, como que ratificaba en el nombre de un Dios de paz un contrato cuyos objetos eran la matanza y el saqueo ^r. Mas por ventura para formar este juicio solo se ha fijado la vista en la larga serie de desastres y violencias que siguieron á aquel descubrimiento, sin poner la atención al mismo tiempo en la idea predominante del siglo, y en las que principalmente animaban á los aventureros de América. Extender la fe de Cristo en regiones desconocidas é inmensas, y ganarlas al mismo tiempo á la obediencia de su rey, eran para los castellanos obligaciones tan sagradas y servicios tan heróicos, que no es de extrañar implorasen al emprenderlas todo el favor y la intervención del cielo. No plegue á Dios jamás que la pluma con que esto se escribe propenda á disminuir en un ápice el justo horror que se debe á los crímenes de la codicia y de la ambición; pero es preciso ante todas cosas ser justos, y no imputar á los particulares la culpa propia del tiempo en que vivieron. No estamos ciertamente los

^r Es la expresión de Robertson, el mas moderado y juicioso de los escritores extranjeros que han hablado de nuestras cosas en el nuevo mundo.

modernos europeos tan ajenos como pensamos de estas contradicciones repugnantes, y llamamos tantas veces al Dios de Paz para que intervenga en nuestros sangrientos debates, y venga á ayudarnos en las guerras que emprendemos, tan poco necesarias por lo común, y por lo común tan injustas, que no hemos adquirido todavía bastante derecho para acusar á nuestros antepasados de iguales extravíos.

Con dos navíos y dos canoas cargados de bastimentos y de armas, y llevando consigo al hábil piloto Bartolomé Ruiz, volvieron á hacerse al mar los dos compañeros, y continuando el rumbo que antes habian llevado, llegaron cerca del rio de San Juan, ya reconocido antes por Almagro. Allí les pareció hacer alto, porque la tierra tenia apariencia de ser algo mas poblada y rica, y menos dañosa que las anteriores. Un pueblo que asaltaron donde hallaron algun oro y provisiones, y tomaron algunos indios, les dió aquellas esperanzas, sin embargo de que el país de lejos y de cerca no presentase mas que altas montañas, ciénagas y rios; de manera que no podian andar sino por agua. Quedóse allí Pizarro con el grueso de la gente y las dos canoas: Almagro volvió á Panamá en uno de los navíos para alistar mas gente con el oro que habian cogido; y en el otro navío salió Bartolomé Ruiz reconociendo la tierra costa arriba, para descubrir hasta donde pudiese.

El viaje de este piloto fué el paso mas adelantado y seguro que se habia dado hasta entonces para encontrar el Perú. El descubrió la isla del Gallo, la bahía de San Mateo, la tier-

ra de Coaque, y llegó hasta la punta de Pasasos debajo de la línea. Encontróse en el camino con una balsa hecha artificiosamente de cañas, en que venian hasta veinte indios, de los cuales se arrojaron once al agua cuando el navío se acercó á ellos. Tomados los otros, el piloto español, despues de haberlos examinado algun tanto y los efectos que traian consigo, dióles libertad para que se fuesen á la playa, quedándose solo con tres de los que le parecieron mas á propósito para servir de lenguas y dar noticias de la tierra. Iban, segun pareció, á contratar con los indios de aquella costa; y por esto entre los demás efectos que contenia la balsa, habia unos pesos chicos para pesar oro, contruidos á manera de romana, de que no poco se admiraron los castellanos. Llevaban además diferentes alhauelas de oro y plata labradas con alguna industria, sartas de cuentas con algunas esmeraldas pequeñas y calcedonias, mantas, ropas y camisetas de algodón y lana, semejantes á las que ellos traian vestidas; en fin, lana hilada y por hilar de los ganados del pais. Esto fué ya para los españoles una novedad extraña y agradable; pero mucho mas lo fué su buena razon y las grandezas y opulencia que contaban de su rey Huayna-Capac y de la corte del Cuzco. Dificultaban los castellanos dar fe á lo que oían, teniéndolo á exageracion y falsedad de aquellas gentes; pero sin embargo Bartolomé se los llevó consigo, tratándolos muy bien, y desde Pasasos dió la vuelta para Pizarro, á quien no dudaba que darian contento las noticias que aquellos indios llevaban.

Casi al mismo tiempo que él llegó Almagro con el socorro que traía de Panamá, compuesto de armas, caballos, vestidos, vituallas y medicinas, y de cincuenta soldados venidos nuevamente de Castilla que se aventuraron á seguirle. Contaba Almagro las precauciones de que habia tenido que valerse para entrar en la ciudad. Mandaba ya en ella el nuevo gobernador Pedro de los Rios: y aunque se sabia que á fuerza de representaciones y diligencias del maestre escuela Luque traía encargo expreso del gobierno de guardar el asiento convenido con los tres asociados, era tal sin embargo el descrédito en que habia caido la empresa en Panamá, que tuvo recelo de ser mal recibido, y se detuvo hasta saber las disposiciones del gobernador. Este á la verdad sentia la pérdida de tantos castellanos, pero no por eso dejó de asegurar á Hernando de Luque que les daria todo el favor que pudiese ¹. Entró, pues, Almagro en el puerto de Panamá, el gobernador le salió á recibir para hacerle honor, confirmó los cargos que su antecesor Pedrarias habia dado á su compañero y á él, y permitió que se alistase gente y se hiciesen las provisiones necesarias. Estas noticias, unidas á las de los indios tumbecinos, levantaron algun tanto los ánimos desmayados; y los dos amigos aprovechando tan buena disposicion se hicieron al instante al mar, siguiendo el mis-

¹ Al maestre escuela no le daban allí otro nombre á la sazón que el de *Hernando el Loco*, por el empeño que tenia en ayudar y proteger los proyectos quiméricos de aquellos dos hombres temerarios, y porque todos suponian suyo el caudal con que la empresa se habia empezado.

mo rumbo que antes había llevado Bartolomé Ruiz. Llegaron primeramente á la isla del Gallo, donde se detuvieron quince días rehaciéndose de las necesidades pasadas, y continuando su viaje entraron despues en la bahía de San Mateo. Allí resolvieron desembarcar y establecerse hasta tomar lenguas de las tierras que estaban mas adelante. Dábanles confianza de lograrlo los indios de Tumbez, á quienes Pizarro hacia con este objeto instruir en la lengua castellana. Por otra parte, la tierra abundante en maiz y en yerbas saludables y nutritivas, como que les convidaba á permanecer en ella. Mas los naturales tan intratables y agrestes como todos los que hasta entonces encontraron, les quitaban la esperanza de poderse sostener, á lo menos mientras no fuesen mas gente. Pusiéronse, pues, á deliberar lo que les convenia hacer. Los mas decian que volverse á Panamá y emprender despues el descubrimiento con mas gente y mayor fuerza. Repugnábalo Almagro, haciéndoles presente la vergüenza de volverse sin haber hecho cosa de momento y pobres, expuestos á la risa y mofa de sus contrarios, y á la persecucion y demandas de sus acreedores: su dictámen era que se debia buscar un punto abundante de vituallas donde establecerse, y enviar los navíos por mas gente á Panamá. Las razones con que Almagro manifestó su opinion no fueron por ventura tan circunspectas y medidas quanto la situacion requeria. Porque Pizarro, ó dejándose ocupar de un sentimiento de flaqueza que ni antes ni despues se conoció en él, ó arrastrado de una impaciencia que no es

fácil disculpar, le contestó ásperamente, que no se maravillaba fuese de aquel dictámen quien yendo y viniendo de Panamá con el pretexto de socorros y vituallas, no podia conocer las angustias y fatigas que padecian los que por tantos meses estaban metidos en aquellas costas incultas y desiertas, faltándoles ya las fuerzas para poderlas conllevar. Replicó Almagro que él se quedaria gustoso, y que Pizarro fuese por el socorro si eso le agradaba mas. Los ánimos de aquellos hombres irritados, no pudiéndose contener en términos razonables, pasaron de las personalidades á las injurias, de las injurias á las amenazas, y de las amenazas corrieron á las armas para herirse. Pusiéronse por medio el piloto Ruiz, el tesorero Rivera y otros oficiales de consideración que los oían, los cuales pudieron sosegarlos y atajar aquel escandaloso debate, haciéndoles olvidar su pasion y abrazarse como amigos: ¡Dichosos si con aquel abrazo hubiesen cerrado la puerta para siempre á los tristes y crueles resentimientos en que habian de abrasarse despues!

Establecida así la paz, Pizarro se ofreció gustoso á quedarse con la gente, yendo Almagro, como lo tenia de costumbre, por los socorros á Panamá. Reconocieron antes todos los sitios contiguos á la bahía en que se hallaban, y desengañados de que ninguno les era conveniente, determinaron retroceder y fijarse en la isla del Gallo, punto mucho mas oportuno para sus fines. Almagro por tanto dió la vela para Panamá, y Pizarro con ochenta y cinco hombres, único resto que quedaba despues de tantos

refuerzos, se dirigió á la isla, desde donde á pocos dias envió el navío que le quedaba para que se quedase en Panamá y volviese con Almagro.

Este concierto y disposiciones de los dos capitanes alteraron en gran manera los ánimos de los soldados, que ya no á escondidas, sino en corrillos y á voces se quejaban de su inhumanidad y dureza. «¿No eran bastantes por ventura tantos meses de desengaños, en que no habian hecho otra cosa que hambrear, enfermar, hincharse, y perecer? Corrido habian palmo á palmo aquella costa cruel, sin que hubiese punto alguno en ella que no los hubiese rechazado con pérdida y con afrenta. ¿Qué peligros dignos del nombre español habian encontrado allí, qué riquezas que correspondiesen á las magníficas esperanzas que se les habian dado al salir? El poco oro recogido en los saltos que de tarde en tarde hacian se enviaba por ostentacion á Panamá, y á servir tambien de incentivo que trajese mas víctimas al matadero. Y ellos en tanto, perdidos siempre entre manglares, sin mas alimento que la fruta insípida de aquellos árboles tristes, ó las raices mal sanas de la tierra, cayéndoles continuamente los aguaceros encima, desnudos, hambrientos, enfermos, arrastraban penosamente la vida, para estar martirizados mortalmente por los mosquitos, asateados por los indios, devorados por los caimanes. Ochenta eran los que al principio habian salido de Panamá, y despues de tantos refuerzos como Almagro habia traído eran ochenta y cinco los que quedaban. Bastar les debiera tanta mortandad, y no empeñarse en sacrificar aquel mise-

rable restó á su inhumana terquedad, y á sus esperanzas insensatas. La rica tierra que estaban siempre pregonando se alejaba cada vez mas de su vista y de su diligencia, y el continente de América se les defendia por aquel lado con mas teson y rigor que se habia resistido el opuesto á los esfuerzos obstinados y valientes de Ojeda y de Nicuesa. Tanto tiempo en fin perdido, tan inútiles tentativas, tantas fatigas, tantos desastres, debieran ya convencerlos de que la empresa era imposible, ó por lo menos temerario quererla llevar á su cima con medios tan desiguales.»

No era fácil responder, ni mucho menos acallar estas quejas amargas del desaliento. Los gefes recelando que fuesen todavía mas ponderadas las noticias que se enviasen á Panamá, y que así la empresa se desacreditase del todo, resolvieron que Almagro recogiese todas las cartas que se enviasen en los navíos. Pero este abuso de confianza produjo entonces lo que siempre, mucha mengua y ningun fruto. La necesidad, mas sutil que la sospecha, supo abrirse paso seguro á despecho de los dos capitanes, para las nuevas que queria enviar. Escribióse un largo memorial en que se contenian los desastres pasados, los muchos castellanos que habian muerto, la opresion y cautiverio en que gemian los que restaban, y concluian con la súplica mas vehemente y lastimera para que se enviase por ellos y se los libertase de perecer¹. Este memorial se metió en el centro de un grande ovillo de al-

¹ Gómara dice que este memorial fué escrito por un Saavedra, natural de Trujillo, y que iba firmado de muchos:

godon, que un soldado enviaba con el pretexto de que le tejiesen una manta, y llegó á Panamá con Almagro. Hallóse modo de que la muger del gobernador pidiese el ovillo para verlo, y desenvuelto entonces y encontrado el escrito, el gobernador que se enteró por su contenido de la extremidad en que aquella gente se hallaba, determinó enviar por ellos, y excusar mas desgracias en adelante, ya que las pasadas no se podian remediar. Ayudó mucho á esta resolucion ver confirmadas las noticias del memorial con lo que decian algunos de los que venian con Almagro, no muy acordes en esto con las miras de su capitán. Así, á pesar de los ruegos, reclamaciones, y aun amenazas que hicieron los dos asociados en la empresa, el gobernador, sordo á todo, dió la comision á un Juan Tafur, dependiente suyo y natural de Córdoba; de ir con dos navíos á recoger aquellos miserables, y traérselos á Panamá.

Hallábanse ellos entretanto en la isla del Gallo, donde pasaban las mismas angustias que siempre, menos las que nacia de las hostilidades de los naturales: porque los indios por no estar cerca de ellos, les habian abandonado la isla y acogídose á tierra firme. Llegaron los dos navíos, y mostrada por Tafur la orden del gobernador, fué tanta la alegría de los soldados, que se abrazaban como si salieran de muerte á

Saavedra lo daba por coplista, pues el memorial acaba así:
*Pues, señor gobernador,
 Mírelo bien por entero,
 Que allá va el recogedor
 Taquí queda el carnicero.*

vida, y bendecian á Pedro de los Rios como su libertador y su padre. Pizarro solo era el descontento: sus dos asociados le escribian que á todo trance ^I se mantuviese firme, y no malograrse la expedicion volviéndose á Panamá, que ellos le socorrerian al instante con armas y con gente. Viendo, pues, el alboroto de los soldados, y su voluntad determinada de desamparar la empresa: *Volveos en buen ora*, les dijo, *á Panamá, los que tanto afan teneis de ir á buscar allí los trabajos, la pobreza, y los desaires que os esperan. Pésame de que así queráis perder el fruto de tan heróicas fatigas, cuando ya la tierra que os anuncian los indios de Tumbes os espera para colmaros de gloria y de riquezas. Idos, pues, y no direis jamás que vuestro capitán no os ha acompañado el primero en todos vuestros trabajos y peligros, cuidando siempre mas de vosotros que de sí mismo.*

Ni se persuadian ellos por tales razones; cuando él sacando la espada y haciendo con ella una gran raya en el suelo de oriente á poniente, y señalando el mediodia como su derrotero: *Por aquí*, dijo, *se va al Perú á ser ricos; por acá se va á Panamá á ser pobres: escója el que sea buen castellano lo que mas bien le estuviere.* Dicho esto pasó la raya, siguiéndole solos trece de todos cuantos allí habia. Arrojo magnánimo, y que las circunstancias todas que mediaban hacen verdadera-

^I La expresion literal era: *que aunque supiese reventar, etc.*

mente maravilloso. La historia expresa los nombres de todos estos valientes españoles; pero los mas memorables entre ellos, son el piloto Bartolomé Ruiz, por sus conocimientos y servicios; un Pedro de Candia, griego de nacion y natural de la isla de su nombre, que despues hizo algun papel en los acontecimientos que se siguieron; y un Pedro Alcon, que á poco perdió el juicio y dió en los disparates que luego se contarán¹.

Con la restante muchedumbre se volvió Tafur á Panamá, no queriendo dejar á Pizarro uno de los navios como ahincadamente se lo rogaba, y consintiendo á duras penas que quedasen con él los indios de Tumbez, y una corta porcion de maiz por toda provision. Él viéndose solo con tan poca gente determinó abandonar la isla del Gallo donde los naturales podian volver y exterminarlos; y se pasó á otra isla situada á seis leguas de la costa, y á tres grados de la línea, que por despoblada no presentaba el mismo peligro.

Esta ventaja era lo único que podia resarcir los demas inconvenientes de aquella mansion infernal. Fuéle puesto el nombre de Gorgona por las muchas fuentes, rios, y gargantas de agua que bullen en la isla. Jamás se ve el sol allí,

¹ Herrera cuenta este paso de otro modo, y segun él, la raya quien la hizo fué Tafur, quien por consideracion á Pizarro quiso dejar la libertad de quedarse con él á los que quisiesen. Garcilaso, Montesinos y otros muchos lo cuentan como va en el texto. Los nombres de los trece que se quedaron con su capitan pueden verse en la capitulacion inserta en el apéndice cuarto.

jamás deja de llover, y las altas montañas, los bosques espesos, la destemplanza del cielo y la esterilidad de la tierra, la dan un aspecto salvaje y horrible, propia estancia solamente de desesperados como ellos. Hicieron barracas para abrigarse, construyeron una canoa para salir á pescar á mar abierto, y con los peces que cogian y la caza que mataban, ayudados del maiz que les dejó Tafur, se fueron sustentando trabajosamente todo el tiempo que tardó el socorro, que fueron cinco meses. Pizarro, como siempre, era el principal proveedor; pero toda su diligencia y todos sus esfuerzos no bastaban á cerrar la entrada á las enfermedades que en aquel pais insalubre necesariamente habian de contraer ni al desaliento consiguiente á ellas, pues aunque al parecer de hierro, sus corazones eran de hombres. Pasábanse los dias y el socorro no llegaba: cualquier remolino de olas, cualquiera celage que viesen á lo lejos se les figuraba el navío. La esperanza engañada tantas veces se convertia en impaciencia, y al fin en desesperacion. Ya trataban de hacer una balsa en que irse costeando á Panamá, cuando se divisó el navío, cuya vela al principio, aunque patente á los ojos, no era creida por el alma, escarmantada con tantos engaños. Acercóse al fin, y no cabiendo ya duda, se abandonaron á toda la alegría que debia inspirarles el gusto de verse socorridos y la satisfaccion de no perder el fruto de tantos sufrimientos.

Pero el socorro no era tan grande como esperaban y como merecian. Venia el navío solo con la marinería necesaria para la maniobra, y

conducíalo Bartolomé Ruiz, á quien Pizarro habia enviado con Tafur para que apoyase con su reputacion y experiencia lo que él escribía al gobernador y á sus asociados. Sus razones y sus esperanzas pudieron menos que las lástimas de los demás. Al oirlas se desbandó toda la gente que Almagro tenia alistada para enviar á su compañero: el gobernador pesaroso de la pérdida de tantos castellanos y ofendido de la tenacidad del descubridor, amenazaba abandonarle á su mal destino, bien que vencido al fin por los ruegos y quejas de los dos asociados, permitió que saliese el navío; pero con la intimacion, tan precisa como severa, de que Pizarro dentro de seis meses habia de volver á dar cuenta de lo que hubiese descubierto.

Él, oidas estas noticias, tomó inmediatamente el partido que á su situacion convenia; y dejando en la isla á dos de sus compañeros, que por enfermos y débiles no podian seguirle ¹, y todos los indios de servicio que allí tenian, con los once españoles restantes y con los indios tumbecinos monta en el navío y dirige su rumbo por donde le habia antes llevado el piloto Bartolomé Ruiz. A los veinte dias halla y reconoce la isla que despues se llamó de Santa Clara, puesta entre la de Puna y Tumbéz; paraje desierto, pero consagrado á la religion del pais, donde un adoratorio, y diferentes alhajuelas de oro y plata que allí hallaron, construidos en fi-

¹ Herrera hace mencion de estos dos con los nombres de Paez y de Trujillo; pero estos apellidos no estan entre los trece que antes tiene expresados, y despues repite al contar las mercedes que les hizo el Emperador.

guras de pies y manos, á modo de nuestras ofrendas votivas en los altares milagrosos, les presentan ya una muestra de la industria y la riqueza del pais que iban buscando. Al dia siguiente navegando siempre adelante se encuentran con balsas cargadas de indios vestidos de camisetas y mantas, y armados á su usanza. Eran de Tumbéz y iban á guerrear con los de Puna. Pizarro les hizo á todos ir con él, asegurándoles que no trataba de hacerles mal, sino de que le acompañasen hasta Tumbéz. En medio de la extrañeza y maravilla que unos á otros se causaban, se iban acercando á la costa, la cual baja y llana, sin manglares ni mosquitos, parecia á los castellanos tierra de promision comparándola con las que habian visto hasta allí. Surge, en fin, el navío en la playa de Tumbéz, los de las balsas tuvieron libertad de ir á tierra, encargándoles el capitan español que dijese á sus señores que él no iba por aquellas tierras á dar pesadumbre á ninguno, sino á ser amigo de todos.

Coronaba la orilla cuando salieron una muchedumbre de indios que contemplaban pasmados aquella máquina nunca vista, y se admiraban de ver venir en ella y saltar en las balsas gente de su propio pais. La maravilla y la curiosidad crecian cuando llegando á tierra aquellos indios, y dirigiéndose al instante al Curaca del pueblo, que así llamaban allí á los caciques, le dieron cuenta de lo que habian visto en los extrangeros, y de lo que les contaron los indios intérpretes que traían. Avivado con estas noticias el deseo de conocerlos mejor, fué envia-

do al navío en diez ó doce balsas todo el bastimento que tuvieron á mano. Hallábase allí á la sazón uno de aquellos nobles peruanos, á quienes por la deformidad de sus orejas y por el adorno que en ellas traian, pusieron despues los nuestros el nombre de *orejones*. Este quiso ser del viaje, proponiéndose observarlo todo con el mayor cuidado para poder dar noticia de ello al rey del país. Pizarro, que recibió el presente y á los que le llevaban con el mayor agrado y cortesía, no pudo menos de admirarse del reposo y buen seso, y de las preguntas atinadas y prudentes que el orejon le hacia. Dióle por tanto alguna noticia del objeto de su viaje; de la grandeza y poder de los reyes de Castilla, y de los puntos esenciales de la religion católica. Todo lo oía con atencion y sorpresa el peruano, y entretenido con las novedades que veía y escuchaba se estuvo en el navío desde la mañana hasta la tarde. Comió con los castellanos, alabóles su vino, que le pareció mejor que el de su tierra, y al despedirse le dió Pizarro unas cuentas de margaritas, tres calcedonias, y lo que fué de mas precio para él una hacha de hierro. Al Curaca envió dos puercos, macho y hembra, cuatro gallinas y un gallo. Despidieronse de este modo amigablemente, y rogando el orejon á Pizarro que dejase ir con él algunos castellanos para que el Curaca los viese, condescendió el capitán mandando que fuesen á tierra Alonso de Molina y un negro.

Llegados al pueblo, la maravilla y sorpresa de los indios subió al último punto cuando tocaron por sus ojos lo que les habian dicho los de

las balsas. Todo los desatinaba, la extrañeza de aquellos animales, el canto petulante y chillador del gallo, aquellos dos hombres tan poco semejantes á ellos y tan diferentes entre sí. Quién cuando el gallo cantaba preguntaba lo que pedía, quién hacia lavar al negro para ver si se le quitaba la tinta que á su parecer le cubria, quién tentaba la barba á Alonso de Molina y le desnudaba en parte para considerar la blancura de su cuerpo. Todos se agolpaban sobre ellos, hombres, viejos, niños y mugeres, regocijándolos el negro con sus gestos, sus risas y sus movimientos, y respondiéndoles Molina por señas, segun podia, á lo que le preguntaban. Las mugeres sobre todo, mas curiosas y mas expresivas, no cesaban de acariciarle y de regalarle, y aun dábanle á entender, que se quedase allí y le darían una moza hermosa por muger. Pero si los indios estaban admirados del aspecto de los extranjeros, no lo estaba menos Alonso de Molina de lo que veía en la tierra. Á ojos acostumbrados tantos meses á no ver mas que manglares, sierras ásperas, pantanos eternos, salvajes desnudos y feroces, y miserables bohíos, debió sin duda causar tanta alegría como asombro, hallarse de pronto con un pueblo ajustado y gobernado con alguna especie de policia, con hombres vestidos, con habitaciones construidas de un modo regular, un templo, una fortaleza, á lo lejos sementeras, acequias, rebaños de ganados, y dentro oro y plata con abundancia en adornos y utensilios.

Contábalo él de vuelta al navío y lo encarecia de tal modo, que Pizarro no atreviéndose

á darle fe, quiso que saliese á tierra Pedro de Candia para informarse mejor. Candia tenia otro ingenio y otra experiencia de mundo que Molina: era además alto, membrudo, de gentil disposición; y las armas resplandecientes de que salió vestido, en que los rayos del sol reverberaban, le presentaron á los ojos de los simples peruanos como objeto de respeto y de veneración; tal vez como un ser favorecido de su numen tutelar. Llevaba al hombro un arcabuz que por las noticias que dieron los indios de las balsas, le rogaron que disparase: él lo hizo apuntando á un tablon que estaba allí cerca y lo pasó de parte á parte, cayendo al suelo unos indios al estrépito, y otros gritando despavoridos de asombro^r. Agasajado y acariciado con tanto efecto como Molina, aunque no con tanta sorpresa ni confianza, reconoció la fortaleza, y visitó el templo á ruego de las vírgenes que le servían. Llamaban las *mamaconas*, estaban consagradas al sol, y su ocupacion, despues de cumplir con las ceremonias del culto, era labrar tejidos finísimos de lana. El agasajo y expresion viva y afectuosa de aquellas criaturas simples é inocentes interesarian sin duda menos al curioso extrangero, que las planchas de oro y plata de que estaban cubiertas á trechos las

^r Aquí añaden las relaciones antiguas que los indios sacaron un tigre y un leon, á ver si se defendia de ellos; que Candia disparó su arma, y que los animales se vinieron mansos para él. Herrera lo cuenta, pero como que le cuesta dificultad creerlo: ahora ya no es difícil colocar este hecho entre la multitud de patrañas con que está afeada nuestra historia del nuevo mundo.

paredes del adoratorio, y prometian tan largo premio á su codicia y á la de sus compañeros. Despidióse, en fin, del Curaca, y regalado con cantidad de provisiones diversas, entre las cuales se señalaban un carnero y un cordero del país^r, se volvió al navio, en donde refirió cuanto habia visto con expresiones harto mas ponderadas y magníficas que las de Alonso de Molina.

Entonces no quedó ya duda al capitan español de la grandeza y opulencia de la tierra que se le presentaba delante, y volvió con dolor su pensamiento á los compañeros que le habian abandonado, y cuya desercion le privaba de emprender cosa alguna de momento. Sin duda en recompensa de aquel buen hospedage que recibia, sentia que sus pocas fuerzas no le consintiesen ocupar violentamente el pueblo, hacerse fuerte en su alcázar, y despojar á los habitantes y á su templo de aquellas riquezas tan encarecidas. Su buena fortuna le escusó entonces el peligro de este mal pensamiento. Las divisiones en el imperio de los Incas no habian empezado aun: Huayna-Capac vivia, y las fuerzas todas de aquel grande estado, dirigidas por un príncipe tan hábil como firme, cayendo de pronto sobre aquellos pocos advenedizos, fácilmente los hubieran exterminado, ó por lo menos no les dejáran destruir aquella monarquía tan á su salvo como lo hicieron despues.

Las noticias adquiridas en Tumbes no llenan

^r Eran dos llamas, que los españoles dándoles el nombre de carneros y ovejas de la tierra, comparaban, y no sin razon, á pequeños camellos.